

8

**LA FIDELIDAD COMO EXPRESIÓN DE LA OPCIÓN
POR EL REINO DE DIOS**

*Hno. Paulo Dullius
Secretariado para la Formación
Casa General. Roma.*

Muéstrate fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida (Ap 2,10).

La fidelidad es un amor casto y respetoso con Dios, consigo y con los demás para la construcción del Reino de Dios. La fidelidad es una realidad compleja que requiere esfuerzo, renovación y creatividad. Prometer un amor que dure para siempre es posible cuando se descubre un designio mayor que los propios proyectos que nos sustentan y que nos permiten donar el futuro entero en la causa del Reino de Dios. El carácter consciente e inconsciente de nuestra vida significa que, en gran parte, vivimos sin saber y sin conocer todas nuestras motivaciones, impulsos, fuerzas, ideas, miedos y deseos que hacen parte de nuestras decisiones y opciones de vida, de nuestra opción por el celibato o por el matrimonio, por la causa del Reino y por el estilo lasaliano de vivir.

8.1 Contextualización

Entendemos la formación como un itinerario de humanización que se inicia dentro de la cultura a partir de varias generaciones. Y se concretiza dentro del contexto familiar, social, escolar e institucional. Este itinerario considera la importancia del objetivo final de la vida humana, de la causa final. Algunos aspectos están más fuertemente señalados desde fuera de la persona, por la realidad externa, y otros desde el interior. Estos son realizados a partir de opciones personales hechas con mayor o menor libertad y responsabilidad, dentro de los objetivos generales que cada individuo y cada grupo social establecen.

Siempre contamos con la fragilidad y la limitación humana, aunque haya una intencionalidad positiva como motivación última en el proceder humano. Estamos considerando la fidelidad, o sea, cómo mantener a lo largo del tiempo opciones sanas realizadas en el pasado porque se consideró que significaban una presencia positiva del Reino de Dios. La fidelidad corresponde a un desarrollo positivo duradero de la vida humana, transformado en una causa sana y buena. La infidelidad siempre es considerada como fracaso, como dolor, como fragilidad. Por eso proponemos la fidelidad como expresión del Reino de Dios. Esta visión evita confundir fidelidad con continuidad (permanencia) y estabilidad, con motivaciones frágiles que endurecen las opciones hechas para disfrazar una inseguridad subyacente. El Reino de Dios es la meta y el objetivo que justifican la fidelidad. Recibimos y somos una estructura que incluye libertad y responsabilidad: crecer como seres humanos y multiplicar las conquistas humanizantes. Somos, por tanto, fieles a Dios y a su proyecto en relación a la humanidad. ¿Fidelidad a quién? A Dios, a sí mismo y a los otros seres humanos. ¿A qué somos llamados a ser fieles? A nuestra estructura humana y a la de los otros, porque solamente realizando positivamente lo que somos –personas y comunidades– podemos realizar nuestra libertad y encontrar la paz y la felicidad que deseamos. Se trata de una obediencia respetuosa y amorosa a aquello que somos y al por qué existimos.

8.2 Importancia del tema

La percepción de la permanencia y del cambio es tan antigua cuanto la conciencia que el ser humano tiene de sí mismo y del mundo que lo rodea. El hombre vive en un mundo y en él tiene responsabilidad y libertad para ser él mismo y completar la obra de la creación. Sería más fácil delegar a otros y a Dios tantas situaciones difíciles en vez de asumir en primera persona la responsabilidad sobre ellas. Históricamente se delegó muchísima responsabilidad a Dios sobre cuestiones humanas que no le competían. El principio último que lleva a las personas a establecer leyes de protección de la vida tiene su origen en esta profunda tendencia humana que motiva la fidelidad.

El gran mensaje que necesitamos anunciarnos y trasmitirnos mutuamente con alegría y esperanza como seres humanos es nuestra estructura ontológica que incluye la presencia de Dios y una orientación central para el amor, para el bien, para la verdad. Y no hay estructura social que –en el tiempo– pueda destruir esta orientación de manera permanente. Esta orientación inspira constantemente la fidelidad. La fidelidad también incluye una gran conciencia de la capacidad humana, dentro de la dimensión de finitud. Dentro de la dinámica humana la persona puede tomar decisiones que se mantienen en el tiempo estableciendo ella misma los aspectos de continuidad que constituyen su propia identidad.

Hoy vivimos en un mundo que no apoya suficientemente la dimensión de la fidelidad. Hay muchos testimonios de fidelidad en la historia y hay también muchas situaciones de infidelidad. Esta es la realidad humana constituida de libertad, pero también de límites y de fragilidad. Eso nos lleva a ver que la fidelidad es un sano deseo humano que nos habla también de su posibilidad real. Porque la infidelidad existe podemos comprender que la fidelidad no es un determinismo biológico, ni psíquico, ni espiritual. La fidelidad no está automáticamente garantizada a partir de la decisión hecha una vez para siempre. La fidelidad necesita ser retomada, reforzada y protegida de lo que la podría dejar frágil. La fidelidad siempre puede ser rota –y por las razones más diversas.

Existe la fidelidad en varios y diversos aspectos de la vida. Puede ser una fidelidad a la realidad física, a la realidad psíquica o a la realidad espiritual. La fidelidad a la realidad espiritual es más amplia y en ella es muy posible la durabilidad por toda la existencia, aunque pueda incluir discontinuidad. Mucha discontinuidad puede ser una exigencia para mantener la fidelidad. Aquí conviene reconocer que la fidelidad no es esencialmente una cuestión de tiempo, sino de una causa asumida en relación a la vida, a la causa del crecimiento en el amor, a sí mismo y a los demás. Esta opción necesita estar presente –dentro de las posibilidades y limitaciones– en el conjunto de la vida, en la opción espiritual y siempre con más intensidad. Pero necesita también estar en decisiones del día a día, sean de naturaleza física, psíquica o espiritual. Es un asunto complejo y desafiante, sobre todo en una realidad actual en la que los intereses personales, el placer, el prestigio y el poder están muy presentes, independientemente del contenido en cuestión.

8.3 Fidelidad o infidelidad

Desde el punto de vista personal y social existe un deseo de fidelidad. En general, una infidelidad genera disconformidad y malestar. La razón última de esta reacción nos la encontramos en la estructura ontológica del ser humano. Y en esta estructura la búsqueda del amor, de la verdad y del bien es expresión de esta imagen y semejanza con Dios. Quien experimenta profundamente el amor no quiere salir de él y decide hacerlo una experiencia que perdure ya que explicita la verdad más profunda del ser humano en relación así, a los

otros y a Dios. La propia fidelidad produce una satisfacción que incrementa las fuerzas de permanencia.

No existe imposición de la fidelidad. No existe un imperativo absoluto sobre la fidelidad. La fidelidad es algo posible y deseable. Lo que hay, sí, es un deseo profundo de fidelidad. La educación a la libertad y a la responsabilidad es el resorte propulsor de la fidelidad. Dentro de la permanencia de la vida, la libertad y la responsabilidad siempre son susceptibles de ser completadas y perfeccionadas. Por eso siempre persiste la posibilidad de la fidelidad y de la infidelidad.

Pero también son inherentes a la realidad humana la fragilidad, la limitación. Y en esta fragilidad está contenida la posibilidad del mal, del encerrarse y de la infidelidad. La infidelidad no debe ser comprendida en primer lugar como un mal moral, merecedor de castigo, sino como posibilidad. Formas más rígidas o menos rígidas de juicio a la infidelidad son cuestionables en la medida en que no se tienen a mano las intenciones y los condicionamientos más profundos del comportamiento humano. Personas más libres desde el punto de vista físico, psíquico y espiritual pueden tener más disposición efectiva para la fidelidad. Continuaremos creyendo *–fides et fidelitas–* en este proyecto de esperanza del Reino de Dios.

Por el bautismo nosotros –Hermanos y Colaboradores– entramos en el proceso de fidelidad al plan de Dios. La comunidad de inspiración cristiana se orienta a partir del amplio horizonte del Reino de Dios. Cuanto más este horizonte del Reino de Dios está comprometido y asumido, más se expresa positivamente la fidelidad.

La fidelidad, aunque sea un deseo profundo personal e institucional, es un desafío y, por esa razón, se traduce en algún tipo de miedo, de recelo. La gratificación inmediata ofrecida por las manifestaciones circunstanciales de lo finito es atrayente y, como tal, puede disminuir el interés por la fidelidad que tiene más características de continuidad y de durabilidad en el tiempo. Eso es más frecuente cuando la opción realizada incluye deseos de realización personal y de superación o compensación de vacíos existenciales –físicos, psíquicos, espirituales– que se estructuran a partir de las experiencias de la vida pasada. Al no encontrar con claridad la superación, la compensación... la persona puede estar tentada a cambiar de compromisos –de fidelidad– optando por otras alternativas en donde espera realizar sus deseos.

La continuidad puede expresar fidelidad, pero también puede corromperla. Necesitamos garantizar siempre el empeño por la causa central, la del Reino. La persona puede dar continuidad a sus decisiones y al mismo tiempo no ser fiel ya que encuentra gratificación y seguridad en su manera de vivir y le es cómodo continuar así.

La fidelidad se comprende normalmente más a nivel espiritual. Pero ella se expresa en cada aspecto de la vida, en acciones muy rápidas, muy pasajeras y circunstanciales. Es difícil romper de un día para otro un amplio compromiso de fidelidad. La infidelidad como proceso de vida es el resultado final de un itinerario de infidelidades menores.

La persona actúa con todo el contenido vivido y a partir de las metas y deseos que estableció en su vida. Pero este contenido interno y externo es elaborado por cada uno considerando también su libertad y responsabilidad. Un día, quizás, hubo más libertad interior, y las pequeñas infidelidades fueron condicionando esa libertad, no de manera esencial, pero sí

efectiva. Así, de alguna forma cada uno es responsable por su itinerario de fidelidad y también por su itinerario de infidelidad.

La ruptura puede ser un signo de fidelidad o de infidelidad. En una visión más común, se piensa que la ruptura es algo contrario a la fidelidad. Recordemos nuevamente: fidelidad y continuidad no son necesariamente sinónimos. Muchas veces la continuidad puede ser una señal de infidelidad. La discontinuidad o la ruptura pueden ser signos de fidelidad cuando significan nuevas formas de llevar adelante el proyecto del Reino de Dios en nuevas circunstancias y nuevas realidades, sobre todo cuando estas realidades requieren más amor, más verdad, más libertad y más responsabilidad y compromiso. Pequeñas rupturas se dan en el día a día. Cada aspecto humano, tiene su lógica de ruptura, de re-opción. Ni toda ruptura significa crecimiento, ni toda continuidad –no ruptura– significa crecimiento. En verdad, necesitamos hacer rupturas para crecer hacia nuevas formas de fidelidad. Cada etapa de la vida tiene sus características propias de fidelidad a sí mismo y a la realidad circundante. La fidelidad –dentro del criterio del amor– consiste en vivir bien cada etapa y pasar a la siguiente como una forma de fidelidad amplia, dejando atrás otras formas de vida. Dejar atrás lo que ya no existe es asunto de sabiduría.

Por el dinamismo de la vida y de la realidad sabemos que la fidelidad a la causa del Reino requiere rupturas, discontinuidades como una derivación del compromiso general ante la vida. Cambiar por cambiar puede indicar inseguridad y falta de satisfacción con el propio modo actual de vivir. Constatamos que siempre existen cambios en la vida de las personas, de los grupos y de las culturas. Pero también es necesario reconocer el deseo de permanecer como se está, motivado por dos posibles razones: porque la persona está contenta con lo que vive –razón positiva– o porque ya está desanimada y se ha frustrado a tal punto que ha desistido de creer y esperar el cambio –razón negativa. Necesitamos, por eso, administrar con discernimiento lo que debe cambiar y lo que debe permanecer dentro del horizonte de fidelidad. La fidelidad sucede dentro de un dinamismo de continuidad y de rupturas, y la infidelidad también sucede a través de continuidades y de rupturas. La continuidad también es necesaria para garantizar una justa identidad. Existen aspectos de continuidad que permiten reconocernos como siendo nosotros desde nuestra concepción hasta ahora, de modo que podemos asumir responsabilidad por nuestras opciones y acciones. Nada de nuestro interior es posible ‘borrar’ y negar para siempre. Nuestra memoria consciente e inconsciente conserva todo lo vivido. En varios aspectos de esta continuidad nuestras decisiones personales dependerán mucho del contexto y de otras personas. En nuestra identidad hay aspectos que introdujimos y que permanecen y en los que nos reconocemos. Y hay aspectos nuevos que vamos integrando y que conforman nuestra identidad de forma permanente. Poco a poco asumimos la responsabilidad ante las opciones de las oportunidades que tenemos y ante lo complejo de los cambios que afectan nuestra identidad hoy y que desafían la fidelidad.

Muchas veces asuntos afectivos, ideológicos, físicos, culturales y contextuales dificultan las decisiones ligadas a un discernimiento existencial del Reino de Dios, así como la capacidad de mantener las decisiones tomadas.

8.4 Fidelidad de Dios como expresión de su amor

Toda la historia humana contiene narrativas de la fidelidad de Dios a su voluntad salvífica en relación al ser humano. La conciencia de esta voluntad de Dios y del deseo de integración en este movimiento de Dios lleva a la humanidad y a cada uno a reflexionar sobre sí, sobre su misión como persona dentro de una comunidad más amplia. La humanidad hizo y está

haciendo un itinerario de fidelidad, libertad y responsabilidad como conciencia cultural del proceso humanizante. Y lo hace con más o menos autonomía. Muchas veces no parece ser tan evidente, sobre todo cuando se perciben tantas injusticias, agresividades, guerras. Conviene evitar dos extremos: una total dependencia de Dios para determinar la fidelidad o una total independencia de Dios para asumir la misión de fidelidad en Él.

La voluntad divina en relación al bienestar humano es una constante. Como dice la Escritura: Dios es fiel. Aunque el ser humano sea infiel, Dios continúa fiel. Dios no está herido, ni humillado, ni disminuido por las infidelidades humanas, y ni el pecado puede ofenderlo. Estas reacciones son nuestras –humanas–, son expresión de una cierta disconformidad con la infidelidad transferida hacia Dios. De Dios tenemos memoria de su bondad, misericordia, amor y de su unión con la humanidad. El lenguaje de la ‘alianza’ es el símbolo que mejor expresa la presencia de Dios en la vida humana y es también un bello símbolo relacionado a la fidelidad. En el Antiguo Testamento tenemos muchos ejemplos de la fidelidad, de la alianza y del proceso de proximidad, distanciamiento, ruptura y reaproximación de Dios. Podemos verificar en el Antiguo Testamento una secuencia repetida de pasos de esta alianza y fidelidad: a) diálogo y buena relación del pueblo con Dios; b) el pueblo se distancia de Dios y existen amenazas de castigos; c) el pueblo no le da mucha importancia, y aparece el castigo de Dios; d) el pueblo sufre y se arrepiente y promete cambiar y ser fiel a Dios; e) Dios restablece la confianza y la alianza y el pueblo vuelve a la fidelidad.

Y conocemos la fidelidad de Jesús desde el inicio hasta el final de su vida terrestre. La relación entre Dios y la humanidad, con fidelidad al ser humano, puede ser muy bien comprendida en muchos pasajes y experiencias descritas en el Evangelio. Nosotros seguimos su forma de ser y de actuar en el contexto en que vivimos. El asunto de la fidelidad al proyecto del Reino fue central para Jesús, fue central para la Iglesia Primitiva y fue una constante en la historia de la Iglesia. Hoy, dentro de un contexto múltiple, nos compromete a vivir esta misma fidelidad.

Las narrativas de la vida y de los escritos de san Juan Bautista de La Salle ponen un acento a esta preocupación de la fidelidad a la voluntad de Dios, aunque no siempre sea agradable y fácil. Nuestra fidelidad no es –en primer lugar– fidelidad al estilo de vida de La Salle, sino a su centralidad en conocer y seguir la voluntad de Dios. Esta fue la gran fidelidad de La Salle –y la nuestra también– y continuará siendolo en la medida en que seamos fieles a Dios y al ser humano como se nos presenta hoy.

Considerando y evaluando el proceso de fidelidad de tantas personas en la historia, vemos que todo el itinerario de ellas comenzó con un ‘sí’ general ante la vida y ante un proyecto para la misma que se fue explicitando poco a poco. Todos experimentamos cierto miedo ante los compromisos derivados de la fidelidad. Acciones muy específicas pueden no tener relación directa con la fidelidad o la infidelidad, pero tienen su importancia miradas dentro de un proyecto y de un itinerario. Pueden interferir aspectos conscientes e inconscientes que refuerzan la fidelidad o le ponen obstáculos.

8.5 Nuestro contexto actual y la fidelidad

Todos nosotros tenemos buen conocimiento de la realidad actual. Datos sobre muchos aspectos de esta posmodernidad están disponibles en variadas fuentes –lo que hace innecesario, aquí, extenderse sobre ello. Nos limitaremos, por tanto, a algunas observaciones que ayudan a comprender la dinámica de la fidelidad. Es necesario evitar dos extremos: pensar que la realidad externa es de poca importancia, o pensar que ella es tan determinante

que la dimensión de libertad y autonomía personal sea imposible –por tanto, imposible la fidelidad. Necesitamos asumir que, en una sociedad más sencilla, como la del pasado, la opción personal era bastante más fácil y, en consecuencia, sin tantos obstáculos a la continuidad y fidelidad a las opciones hechas. Necesitamos aceptar también que hay una complejidad de la realidad externa y una ampliación de la expresión humana, lo que puede interferir en las opciones personales y grupales con reflejos en la fidelidad.

La expresión humana se ha ampliado en cuestiones de ciencia, de conocimiento, de acceso a la cultura y a la tecnología, y de desarrollo de deseos personales e institucionales. Esta expresión humana ampliada ha tenido su impacto en el proceso histórico dialéctico. En una sociedad en donde existe un fuerte control del poder, del saber, de las relaciones, de las normas, del prestigio, existe una tendencia a una mayor uniformidad. Pero al mismo tiempo existe un fuerte sistema represivo personal y social basado en el poder ejercido por la familia, por el Estado, por la religión. Las ciencias humanas, sobre todo la psicología psicoanalítica, la psicología social, y la conciencia del valor de la persona y de las minorías han desencadenado procesos de liberación de la represión. Y eso repercute en un movimiento de discontinuidad y de caída de los valores tradicionales, y en la búsqueda de la recuperación frente a las frustraciones personales y culturales. Este ‘mundo’ amplio y complejo se presenta hoy como una sorpresa para las generaciones más vividas y como fascinación para las generaciones más jóvenes. Poder, prestigio y recursos económicos se hacen un deseo intenso de tantos, sobre todo jóvenes, pero no sólo de ellos. Muchas instituciones –incluso religiosas– asumieron bastante estas características. Eso hizo que el dinero y la ‘belleza’, sobre todo física, significasen poder. En un mundo competitivo los ‘pobres’ y lo ‘no bellos’ tienden a ser excluidos.

Algo semejante podemos ver en la concepción del tiempo. Muchas veces se ha recordado la dimensión de eternidad, de futuro, como determinante para las decisiones sobre hoy. Es necesario reconocer el valor de esta visión de largo alcance. Con todo, esta visión ha sido también usada como forma de poder y control de comportamientos. La fidelidad hoy, en el presente, recibe cierta presión del futuro sobre todo en cuanto normalización de comportamientos. Necesitamos reconocer que la dimensión de eternidad interfirió mucho en la elaboración de la doctrina y del contenido sobre la fidelidad. Llevar adelante un compromiso asumido era signo de fidelidad, de perseverancia y de merecida recompensa y garantía de salvación, desconsiderando, a veces, esfuerzos descomunales de fidelidad o grandes escrúpulos neuróticos por no conseguir garantizar la fidelidad. Desistir de un proyecto de vida y hacer una re-opción podía poner en peligro la salvación. Eso llevó a confundir perseverancia con fidelidad. La perseverancia significa continuar y mantener una opción hecha a través del tiempo. La fidelidad pone el acento en la calidad del seguimiento de la voluntad de Dios. La fidelidad y perseverancia no son extrañas la una de la otra, pero no son intercambiables. La fidelidad tiene exigencias mayores que la perseverancia. No es fiel quien quiere, pero quien lo consigue, quien tiene cierto grado de libertad interior que se renueva a partir del seguimiento de los ‘signos de los tiempos’.

En un mundo de tantas transformaciones, y también en un mundo de tantas oportunidades de compensación y recuperación de las fragilidades y de los conflictos afectivos y existenciales, el tiempo presente se ha transformado en un gran punto de referencia. Los jóvenes se preocupan menos del pasado y tienen miedo del futuro. Para muchos, el futuro es inseguro, incierto y amenazador. Por eso, muchos jóvenes – y también adultos– buscan vivir invirtiendo más en el presente para compensar un pasado frustrante. De esta forma niegan o ignoran el pasado, sintiendo una especie de alivio que les permite vivir sin tanta tensión,

insatisfacción o ansiedad. El pasado puede incluir también una realidad familiar muy compleja y llena de conflictos. Para muchos, una estructura familiar estable no hace parte de la experiencia de lo cotidiano. No tener una referencia familiar estable y duradera lleva a una identidad difusa. Esta identidad difusa puede repercutir en la calidad de la confianza, en la búsqueda de la valorización y reconocimiento. Tales situaciones ponen obstáculos a la fidelidad a un proyecto de vida que requiere un empeño total y que es para toda la humanidad. El asunto de la fidelidad necesita incluir el futuro con sus desafíos. Por la visión de la realidad y también porque existen demasiadas “sorpresas” en la vida, la persona piensa que la fidelidad no puede ser mantenida ante los cambios. Eso no invalida la cuestión de la fidelidad, pero le pone realismo, dinamismo y desafíos. En un mundo en donde hay una cierta nivelación de valores –incluyendo una especie de nihilismo– la fidelidad pierde su importancia como opción de vida. La fidelidad en el día de hoy implica más libertad interior, más madurez y permanente vigilancia y discernimiento.

8.6 Aspectos que pueden interferir en la fidelidad o en la discontinuidad

En nuestras consideraciones no desarrollamos muchas variables que intervienen de manera directa o indirecta en la fidelidad. Ya hablamos que es la persona quien es capaz de fidelidad. Esta fidelidad se extiende a grupos que se asocian como una forma de fidelidad a la causa común asumida. Es por eso que es posible una asociación alrededor de una causa o estructura. Fidelidad de alguna forma requiere que la estructura y/o el grupo se comprometan y se integren para hacer crecer una parte de la humanidad en cuestiones humanizantes, o sea, en aspectos antropológicamente significativos. La fidelidad también puede significar compromiso con grupos o causas que están en contra la humanización.

Toda fidelidad necesita ser vista dentro de la psicogénesis y psicodinámica de la persona. La tendencia ‘natural’, o sea, aquella que obedece a la estructura humana, es que cada quien viva con fidelidad un itinerario de crecimiento integral y le sea fiel. Es también ‘natural’ que lo comparta con otros y se comprometa con personas, con Dios y con una causa humanizante y encuentre satisfacción y felicidad en mantener esa fidelidad. También la visión lasaliana – carisma, espiritualidad, misión– puede ser una opción que requiere un empeño personal e institucional. Cuando alguien actúa y quiere mantener la promesa necesita contar con el papel importante de su estructura psíquica y de los valores e ideales que definen su vida. De la estructura personal e institucional depende la capacidad de la fidelidad. Muchas heridas afectivas de origen muy diverso se pueden transformar en obstáculo efectivo para mantener decisiones y opciones. En estos casos, cuando se presentan otras alternativas, como personas y grupos, la persona tiende a cambiar las opciones. Algunas de ellas pueden significar mayor fidelidad; y otras, incapacidad para mantenerlas.

Una de las grandes cuestiones de la fidelidad es la forma de manejar posibles experiencias y el sentimiento de soledad. Las experiencias de soledad están entre las que más pueden cuestionar la fidelidad, ya que llevan a la persona a despertar en ella deseos diferentes. Son poquísimas las personas que consiguen vivir por mucho tiempo la soledad sin que se desintegren o procuren otras alternativas en la vida, aunque sepan y hayan discernido que su opción corresponde a la voluntad de Dios para ellas. Algunas ‘tentaciones’ de Jesús incluyeron la dimensión de la soledad. Es necesario asumir que la soledad deja a las personas más vulnerables. Dependiendo de su intensidad y duración, la soledad puede llevarlas a buscar otras opciones que gratifiquen y, posiblemente, a romper con la fidelidad porque ven poca perspectiva en superar esta soledad allí en donde están si persisten en la opción hecha. La experiencia de soledad también puede ser encontrada en grupos e instituciones, y también puede llevarlos a cuestionamientos que llegan a comprometer la fidelidad. Siempre

procuramos cierta unión que nos saca de la soledad y también buscamos la diferencia para garantizar nuestra individualidad. La soledad puede existir a nivel físico, psíquico y espiritual. Pero puede suceder también que alguien asuma la variable física –de soledad- y la aplique a los niveles psíquico y espiritual. En la realidad humana no es posible que haya una total soledad psíquica y mucho menos espiritual. Sentirla en este último nivel va a depender de las experiencias pasadas y de la capacidad para reconocer esta distinción en niveles. Lo que conviene recordar es que la experiencia y el sentimiento de soledad dejan a las personas más frágiles y, éstas, pueden perder la objetividad de la jerarquía de sus opciones y sus valores. Cuando las personas están frágiles activan deseos y observan otras realidades más atrayentes que pueden condicionar la opción realizada.

Las personas también buscan valorización y reconocimiento. Ciertamente rupturas con compromisos y con grupos significativos pueden estar relacionadas con este aspecto. La valorización y el reconocimiento tienen relación próxima con la autoestima y, por eso, una relación directa o indirecta con el proceso de fidelidad.

Algo semejante a la estructura personal y a la identificación de los grupos como predisposición para la fidelidad se puede también decir en relación a la institución. Una institución favorece la fidelidad si ofrece buenas alternativas de realización de sus miembros, si ofrece un proyecto pastoral fascinante que promueva una valorización de la identidad en todos los que de él participan. La fidelidad también está favorecida cuando la sociedad reconoce el valor y el significado de un determinado grupo o institución; cuando la sociedad como un todo considera significativo un grupo que puede ayudarlo a alcanzar sus objetivos y metas. Una institución que no promueve la libertad, la autonomía y la responsabilidad de sus integrantes es frágil en cuanto a la garantía de fidelidad de sus miembros. Realidades sociales rígidas favorecen la complacencia y la identificación superficial, pero no la fidelidad. La institución necesita ser un estímulo positivo para que los en ella están comprometidos y van a comprometerse sientan el apoyo y estima para continuar la búsqueda de los objetivos que justifican la existencia de esta misma institución.

La caída de los grandes valores e instituciones disminuyó las señales externas que podrían ayudar a la fidelidad. Al mismo tiempo existe una sensibilidad humanística en individuos y en grupos que están descubriendo y optando por nuevas formas de fidelidad. Ya no es una fidelidad presionada por códigos morales, por leyes y estructuras rígidas, sino por la sensibilidad humana, por la acogida, por el respeto, por la escucha, la comprensión, la misericordia y la solicitud en relación a los demás. En este contexto se requiere mayor educación a la fidelidad, con los prerrequisitos que eso significa en cuestión de la estructura personal, del apoyo comunitario y de instituciones que ofrezcan proyectos significativos para las personas y para la sociedad.

8.7 Formación para la fidelidad, discernimiento y acompañamiento

La fidelidad es resultado de una opción en la que vale la pena empeñar la vida. Por eso, esta opción se refiere a asuntos significativos de la vida, como es el compromiso humanizante que está en lo profundo de la estructura humana. Siempre es importante tener presentes los deseos profundos que las personas tienen cuando hacen sus opciones. Estos deseos pueden venir de estructuras y de experiencias sanas, y también pueden venir de heridas afectivas que ellas quieren sanar. Cierta grado de libertad interior y de madurez es una condición que posibilita la fidelidad. Cierta madurez psíquica no es suficiente para prever la fidelidad. Se requiere también una visión más amplia de la dignidad humana, visión que es proporcionada por las religiones, por la causa del Evangelio. La educación a la fidelidad incluye tres aspectos

importantes. A) Todos los involucrados necesitan tener un buen conocimiento –aspectos conscientes e inconscientes– de su vida y de la cultura en la cual están inmersos; necesitan conocer también los principales valores y las formas sociales de vida y realización. De eso emerge algún tipo de comprensión y pacificación que libera energías de resentimientos del pasado y que facilita encontrar caminos de buena estima y de integración social. Este proceso incluye el desarrollo positivo de las principales características humanas. La sociedad ofrece posibilidades de compromiso que son significativas y que merecen asimilación e internalización. B) Hoy la dimensión afectiva, la emoción y los sentimientos han asumido una mayor importancia en lo cotidiano de la vida humana. Eso desplazó la motivación de la fidelidad. Ya no se recurre más a convicciones intelectuales ni morales, inclusive espirituales, ni a decisiones realizadas ante los grupos. Muchas personas –sobre todo jóvenes– deciden a partir de la forma como sienten los acontecimientos y la vida. Las personas y los grupos tienden a mantener una continuidad en la medida en que se sienten acogidos, valorizados, amados. Las personas y los grupos vuelven a los lugares donde sienten satisfacción y se mantienen cerca de ellos; y evitan, cuando pueden, lugares y situaciones donde han sido maltratados e incomprensidos. Como los lasalianos estamos atentos a este clima de acogida, muchas veces la búsqueda de la comunidad está ligada a la experiencia de inseguridad y soledad. Nos referimos a la comunidad como testimonio del Reino, pero no se puede negar que muchas veces en la búsqueda comunitaria hay elementos de búsqueda de seguridad y de aceptación afectiva. La fidelidad no puede depender sólo de esta seguridad. C) La fidelidad se beneficia bastante de una institución con la que sus integrantes se identifican por sus valores, su estructura y su proyecto apostólico. En una gran diversidad social el proceso de identificación muchas veces queda diluido. Una institución tienen credibilidad por su proyecto del Reino y por el clima de aceptación, comprensión, acogida, solicitud y valorización que reina entre sus integrantes y que proyecta con los que se presentan a ella por las razones más variadas. Eso significa que la institución necesita revisar constantemente su proyecto del Reino y encontrar formas pedagógicas para despertar la fascinación por el proyecto de parte de las personas ya comprometidas y de quienes entrarán en contacto con ella.

Al hablar de formación estamos hablando de un proceso humanizante que es tarea y desafío para la humanidad. Se refiere a cada persona, a las comunidades y a las instituciones. Todos los bautizados hemos asumido un compromiso humanizante dentro de los dictámenes presentados por Jesús, vividos por Él y entregados como compromiso a sus seguidores. Esta misma estructuración humanizante se encuentra en el carisma lasaliano, o sea, en la visión de la vida cristiana asumida por La Salle y confiada a los que se asocian a la misma causa de la educación cristiana. Estamos llamados a ser creativos y dinámicamente fieles en el mundo de hoy, en la cultura en la cual estamos comprometidos.

Este proceso humanizante, dentro de la fragilidad histórica de los individuos, de las comunidades y de la sociedad más amplia, requiere un amplio acompañamiento, un celo fraterno por el crecimiento integral, que ayude a las personas y grupos a realizar la voluntad de Dios en relación a ellos mismos y a la sociedad.

El proceso formativo necesita garantizar el itinerario de fidelidad para todos los involucrados. Hermanos y asociados tenemos el compromiso de fidelidad a la parcela del Reino que nos está confiada en el mundo de la educación.